

Ética y crecimiento personal

Manuel Sánchez Cuesta

Profesor de la Universidad Complutense de Madrid.
Miembro del Instituto E. Mounier.

La vida es en sí misma una experiencia maravillosa. Ocurre, sin embargo, que *vida* es un modo de conceptuar una realidad palpitante. Por eso, más que vida, lo que hay es *vivir*, experiencia individual al hilo de cuyo impulso cada hombre y cada mujer vamos haciéndonos una entidad, configurándonos en un ser determinado, cristalizando en un proyecto. Vivir, así, no es «el río que nos lleva», una suerte de azar convertido en torrente que nos arrastra sin que nos quepa impedirlo, antes, por el contrario, un ir horadando márgenes para hacer posible que lo que ya es, aunque en ciernes, —la persona—, alcance a hacerse efectivo.

Se trata, pues, en el caso de este quehacer nuestro, de una instancia necesaria e impostergable, de una praxis que secunda una decisión nuestra querida, porque a su través buscamos una meta, estamos urgidos por el imperio de un deseo que es, por igual y a la par, configuración concreta del ser que somos e ideal utópico. En efecto, es únicamente al vivir —siempre entendido como *vivirnos*— cómo nos vamos realizando, constituyéndonos en hombres y mujeres genuinos, en seres humanos. Sólo, pues, al hacer nos damos una personalidad. Y como no se trata de un obrar irracional, sino planificado, el motor del mismo reside precisa-

mente en la finalidad a la que se encamina, que es su ideal.

Henos así ubicados en la misma cresta del vivir, no tanto como «expósitos» o «arrojados», sino colocados en él para darle una orientación precisa; para, al hilo del vivir mismo, inmersos en él, tomar aquellas decisiones que nos encaminen a puerto. Se trata, en suma, de que lo que en nosotros es *ser-proyecto* adquiera una concreción humanizada en función justamente de ese término que es de donde le adviene el sentido al vivir. Claro que esto nos exige reconocer que poseemos una finalidad, saber que nos dirigimos hacia ella, que se nos objeta como nuestro personal destino.

Vivir, en consecuencia, no es una experiencia azarosa fruto de la casualidad, una fortuita intersección de líneas que se cruzan. El vivir humano tiene un sentido por sí mismo. De ahí que a cada uno nos quede encomendada la tarea de hacernos, de constituirnos. El hombre, gracias a su subjetividad libre, se autopertenece, dependiendo justamente de ese interior el que sea luego ésto o aquéllo, pues el contenido de dichos demostrativos dependerá siempre de las decisiones que vamos tomando. Lo cual nos permite observar el carácter vertebral que en toda vida humana juega la ética, pues la misma apa-

rece encargada tanto de instarnos a la acción, cuanto de evaluar luego el valor de ésta en función de su finalidad. Bochenski escribió una vez que la lógica era como la moral del pensamiento; nosotros, parafraseándole, podemos ahora decir que la ética viene a ser como la lógica de la voluntad.

Vida y ética se imbrican. Y ésto es así, porque aquélla se hace digna en la medida misma en que se ajusta a norma, en la medida en que se vive responsablemente, que en modo alguno significa vivir ahormado. Aquí reside la aparente paradoja de aquel maridaje entre vida y moralidad, en esta conjunción de libertad y sujeción. Los hombres, en tanto que ser-proyecto, somos libertad y en tanto que encaminados a una meta, estamos desde afuera dirigidos. Pero así como el intérprete se siente tanto más libre cuanto más se ajusta a la partitura o el futbolista ejerce un mejor dominio de balón cuanto más se atiene al reglamento de ese juego, así también cada mujer y cada hombre serán más ellos mismos, desarrollarán más plenamente su libertad, cuanto mayor sea la conciencia que posean de su destino, cuanto con mayor ahinco se dirijan al logro de tal objetivo.

Bien se observa cómo esta lógica de la conducta que es la ética subraya con trazo grueso nues-

PENSAMIENTO

tra individualidad, poniéndonos a los seres humanos ante el espejo de nosotros mismos con la expresa intención de que alcancemos a vernos el alma gracias a ese mirarnos a nuestros propios ojos. Y es que en el autoconocimiento experimentamos los rasgos capitales de nuestra morfología humana, a saber, que somos seres

incompletos, abiertos a un futuro, responsables de nuestra autenticidad vital y esencialmente necesitados de *los otros*, de los hombres hechos prójimo.

Es en el *acontecimiento* de encontrarnos con los demás cuando cada uno alcanzamos el momento de madurez humana, mutando en *personas*. Persona es el ser hu-

mano que se recupera a sí mismo recuperando al otro, que hace del otro causa propia. Y no por mera generosidad, antes bien porque el otro, hecho rostro humano, se convierte en una instancia apelante de solidaridad, urdimbre de personas que da lugar al *nosotros comunitario* o momento de la plenitud. **A**